



Contrapuntos

EN EDUCACIÓN

Revista del INSTITUTO UNIVERSITARIO DE
INVESTIGACIÓN EN FORMACIÓN DE
PROFESIONALES DE LA EDUCACIÓN

uma 
editorial


INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN Y FORMACIÓN
DE PROFESIONALES DE LA EDUCACIÓN

Nota del director

Educar para la paz en un mundo que normaliza la guerra

Educating for peace in a world that normalizes war

Pablo Cortés González



Universidad de Málaga

ORCID: [0000-0002-9604-044X](https://orcid.org/0000-0002-9604-044X)

pcortes@uma.es

To cite this article: Cortés-González, P. (2026). Educar para la paz en un mundo que normaliza la guerra. *Contrapuntos en Educación*, 1(2), 3-4. 10.24310/cpe.1.2.2026.23468
DOI: <https://doi.org/10.24310/cpe.1.2.2026.23468>

El mundo atraviesa uno de los momentos más inquietantes de las últimas décadas. Las guerras abiertas, los genocidios, los desplazamientos forzados, la violencia estructural y el auge de los discursos de odio configuran un escenario global profundamente preocupante. Desde Ucrania hasta Gaza, pasando por múltiples conflictos menos visibles en América, África o Asia, la violencia armada vuelve a ocupar el centro de la política internacional mientras las grandes potencias rearmen sus economías y legitiman, directa o indirectamente, la lógica de la guerra como mecanismo de resolución de conflictos. Las políticas exteriores de Estados Unidos y sus alianzas militares con Israel son un claro ejemplo de cómo continúan influyendo decisivamente en el equilibrio geopolítico global, priorizando intereses estratégicos y económicos por encima de la estabilidad de las regiones afectadas.

En cualquier caso, miles de víctimas civiles y un sufrimiento difícilmente justificable desde cualquier perspectiva ética o humanitaria son ahora una realidad que nos empaña cualquier lucidez ética y moral que, como seres humanos, somos capaces de generar. Estas realidades no pueden analizarse únicamente desde el lenguaje frío de la geopolítica. Detrás de cada estrategia militar, de cada bombardeo y de cada decisión diplomática existen vidas humanas, comunidades destruidas y generaciones enteras marcadas por la violencia. Sin embargo, el discurso dominante tiende a presentar la guerra como una respuesta inevitable, como si la violencia fuese una condición natural de la política internacional y no el resultado de decisiones concretas tomadas por gobiernos, élites económicas y estructuras de poder.

En este contexto, la retórica de la seguridad y de la defensa se impone con facilidad sobre el de la justicia, la vida y los derechos humanos. Las imágenes de ciudades devastadas, poblaciones desplazadas y vidas truncadas se han convertido en parte del paisaje informativo cotidiano, con el riesgo de que la sociedad termine normalizando aquello que debería indignarnos profundamente.

Resulta particularmente preocupante que, mientras se multiplican los llamamientos a incrementar el gasto militar y reforzar las alianzas armadas, los discursos sobre la paz, el diálogo y la cooperación internacional ocupen un lugar cada vez más marginal en el debate público. En muchas ocasiones, quienes cuestionan la lógica de la guerra y abogan por la paz son rápidamente acusados de mostrar ingenuidad o falta de realismo político, cuestión aterradora para el presente y futuro de la humanidad. Sin embargo, la historia tanto reciente como pasada demuestra con crudeza que las guerras rara vez resuelven los conflictos que dicen combatir y que sus consecuencias se prolongan durante generaciones.

Frente a este panorama, resulta necesario construir alianzas entre organizaciones sociales, instituciones públicas y entidades privadas que comprendan que la paz es una responsabilidad colectiva. En este sentido, la investigación y la educación emergen (o deberían emerger) como espacios desde los cuales es posible resistir a la normalización de la violencia. Desde mi punto de vista, se trata de un imperativo ético, pero también instrumental. De otro modo, cabe preguntarse ¿al servicio de *qué* o *de quiénes* investigamos? Si la investigación no es para hacer un mundo mejor, desde cualquier disciplina o ámbito científico, ¿para qué sirve la Ciencia o la Educación?

La educación para la cultura de paz se convierte así en una tarea urgente. No se trata únicamente de promover valores abstractos, sino de contribuir a formar ciudadanía crítica capaz de cuestionar las narrativas que legitiman la guerra, de analizar las relaciones de poder que sostienen las desigualdades globales y de defender activamente los derechos humanos. La paz, en este sentido, no puede entenderse como la simple ausencia de conflicto, sino como un proceso activo de construcción social que exige memoria, justicia, participación democrática y transformación cultural.

En un mundo atravesado por crisis múltiples —geopolíticas, sociales, climáticas y migratorias—, la investigación educativa tiene también una responsabilidad ética y política. No basta con describir los problemas: es necesario contribuir a imaginar alternativas. Investigar sobre educación para la paz significa abrir espacios de reflexión que cuestionen los modelos educativos y sociales que reproducen exclusiones, silencian memorias o legitiman distintas formas de violencia.

Hablar hoy de educación para la paz puede parecer, para algunos, un gesto contracorriente, un contrapunto. Sin embargo, quizá sea precisamente ahora cuando más necesario resulta. Si el lenguaje de las armas vuelve a dominar la política nacional e internacional, la educación debe reivindicar el lenguaje de la humanidad.

Frente a la lógica de la guerra, este número quiere recordar una convicción sencilla pero radical: **la paz no es una utopía ingenua, sino una responsabilidad colectiva**. Porque educar para la paz es, en última instancia, una forma de resistencia frente a la barbarie. Y porque, hoy más que nunca, es necesario decirlo con claridad:

No a la guerra.